fem. contesta a una antifeminista

En el momento de cerrar la edición de este número 4, vemos en la página editorial del periódico El Día — 11 de octubre de 1977 — el artículo de la escritora Ana Mairena. Lo reproducimos como típico ejemplo de incomprensión, malentendido y quizás de mala voluntad hacia todo lo que signifique el feminismo.

La señora Mairena asimila simplemente mujer liberada a mujer asesina. No vamos a discutir aquí los móviles de los grupos guerrilleros, que recurren a acciones tan dramáticas como la del caso aludido, ni en qué medida los crímenes son a veces accidentales, ni cuál puede ser el estado de conciencia de quien los comete. Lo que negamos rotundamente es que una mujer liberada sea "Una de éstas de la última hornada que no quieren saber nada sobre pañales y que jamás sentirán en su regazo el dulce peso de un niño. Una de estas empachadas de subversión cuyo cacumen vacío y reducido es incapaz de digerir los ideales, pero sí de abrir paso a su instinto homicida". Negamos, por lo tanto, que un asesinato — en cualquier circunstancia — sea una "muestra de liberación femenina" y que la liberación implique el "instinto homicida".

Puede ser que el término liberación haya sido desprestigiado en algún momento; los grupos que se cobijan bajo el mismo nombre son muy variados y cubren una amplia gama de matices ideológicos; pero lo que es innegable es que la bandera de la liberación corresponde a una necesidad real. Las mujeres tienen derecho a una liberación que milenariamente se les ha negado y que apenas algunas empiezan a conocer y a ejercer: no para matar a madres inocentes y heroicas, sino para trabajar en lo que quieran, para estudiar, para producir, para casarse o no casarse, para no ser juzgadas en función de su biología, para no ser violadas, para actuar como seres humanos plenamente conscientes, con las muchas responsabilidades que ello implica.

La libertad no es fácil; y para las mujeres, que nunca la han tenido y que deben conciliarla inevitablemente con las limitaciones de la maternidad, es aún más difícil. Liberadas o no, la mayoría de las mujeres siguen siendo madres, y el niño no es siempre "un dulce peso", ni "el latido de un hijo en el vientre" es siempre "maravilloso". Sobre todo en un país en donde el 40 por ciento de las madres son madres solteras. Y no lo son por "liberadas", porque prefieran asumir solas e independientes "el dulce peso" de la maternidad; lo son porque el hombre desaparece y no sabe asumir "su papel original y legítimo como compañero" de la mujer...

El feminismo, señora Mairena, no es una escuela de asesinas; ni pretende acabar con los varones, ni exterminar a las madres. Usted no emplea el término "feminismo"; pero la "liberación", con las modalidades determinadas por la época, se inscribe dentro de ese movimiento que empezó paralelamente a la Revolución Francesa (cuando tanto se hablaba de libertad, y de igualdad, pero no se incluía en tales conceptos a las mujeres), que tuvo sus víctimas heroicas en las tan ridiculizadas sufragistas, y que descubrió en los últimos decenios que el voto les había servido de poco a las mujeres y que aunque su posición hubiera mejorado —y mejora cada día—desde el punto de vista legal, mucho quedaba, mucho queda por ganar para millones de mujeres en la vida de todos los días.

La liberación femenina no da "frutos agusanados". Por lo demás, no tenemos ningún elemento para saber cómo la entiende "esa asesina" (que tampoco ha matado en nombre de la liberación femenina, ni se declara feminista), ni sabemos quiénes son las que "establecen su plan de vida conforme a sus apetitos sin mirar los destrozos y los dramas íntimos y familiares que ocasionan". Lo que resulta claro es cómo la entiende la señora Ana Mairena.